

Milagros y traumas de la comunicación



El libro *Milagros y traumas de la comunicación* de Mario Perniola enuncia una problemática y un desafío a los estudios comunicacionales a inicios del siglo XXI, desde una perspectiva filosófica y política. En cuanto a la primera, sitúa el asunto del pasado y el presente como forma de estudio y tensión de lo social comunicativo y, con respecto a la segunda,

exhibe cómo la disciplina comunicativa puede explicarse contemporáneamente a partir de cuatro acontecimientos disruptivos, a saber: las jornadas insurgentes de Mayo del 68, la Revolución iraní, la crisis económica del socialismo real y el atentado a las Torres gemelas.

Estos hechos planteados el autor, son la muestra de cómo intervienen el milagro y el trauma como dos caras de una misma moneda. Por ello, su apuesta reflexiva es organizada en cuatro grandes capítulos intitulados como: *La edad de la comunicación*, *La edad de la desregulación*, *La edad de la provocación* y finalmente, *La edad de la valoración*. Este esquema permite dilucidar toda una narrativa que Perniola la articula la antropología simbólica, el psicoanálisis, la historia cultural, la teoría política y la comunicación.

Con lo anterior, iniciaré refiriendo los puntos centrales de Perniola,

sus aportes al campo comunicacional y concluiré con algunas críticas al texto. En esa línea y de acuerdo con el libro, una de las características sustantivas de la comunicación actual radica en que esta se despliega más allá de un tipo de instrumentalidad aupada bajo el oficio periodístico. Así, la comunicación no puede entenderse sino en discusión y tránsito hacia otros campos de pensamiento como la psicología, teoría social y los nuevos dispositivos visuales. Estos adecuan ciertas explicaciones en torno a la noción de trauma y milagro instituidos en el mundo como una nueva sensibilidad mediática.

Por ejemplo, el *milagro* para el autor, no es un adjetivo y/o una carga moral sobre las cosas o los acontecimientos, sino una contingencia que define al sujeto en una experiencia de un tiempo imprevisible y en ciertos momentos, imposibles de creer. Así, el milagro se convierte -comunicacionalmente- en una vivencia ya no privada, sino colectiva. Pero, paradójicamente, dicho milagro deja de ser diáfano e inesperado, sometiéndose a las

formas serviles como es el proceso de trabajo y la ganancia dentro de un tipo de economía posfordista.

En aquel tándem -trabajo y ganancia- emerge la idea del *trauma* como extravío del asombro y de lo inadvertido, un trauma que no es exclusivamente externo a los individuos. Precisamente, Perniola libera que este es resultado de una extrañeza en el sujeto que a su vez es incapaz de responder(se) a ciertos fenómenos o no encuentra explicación racional acerca de determinadas situaciones. Es por eso que la experiencia traumática adquiere un matiz de frustración que no puede ser asimilada y la manera en que esta se pone de manifiesto es a través de la afectación violenta a los otros, sean estas personas, medioambiente y/o territorios. Es decir, para el filósofo italiano existe un nexo entre trauma y violencia, a condición de que la primera no solo sufren los que padecen la violencia, sino también los que la ejercen.

Y esta es una contribución sustantiva de Perniola al debate comuni-

cacional, ya que ubica un escenario en el que la comunicación transforma la noción de trauma y milagro a secas, en milagrería mediática y traumatismo mediático. Es decir, manifiesta cómo, en primer lugar, la milagrería mediática supone convertir lo imposible en real, pues comunicacionalmente se requiere un exceso de realidad para que esta sea aceptada, y que sea trabajada desde una narrativa que diseñe un contexto de ficción como parte esencial de la vida presente. En segundo lugar, el traumatismo mediático incorpora demandas y deseos de que siempre debe suceder algo atroz y terrible, aunque no concierna ni remotamente a los sujetos que observan dicho espectáculo. Justamente, este milagro y trauma mediático convergen en algo: ninguno de los dos necesita una explicación racional.

Uno de los comentarios críticos que pueden expresarse es que el libro, aunque declare a la comunicación como proceso globalizador mediado por las tecnologías, relatos y sentidos, elide claramente acontecimientos igual de

traumáticos y milagrosos en América Latina, por ejemplo. Es decir, prescinde de sucesos traumáticos como la masacre de Tlatelolco sucedida dos meses después del Mayo francés; o la Revolución sandinista paralela a la iraní, pues las dos estuvieron fuertemente influenciadas por lo religioso, milagroso y traumático. En la primera, el papel angular de la Teología de la Liberación, mientras que, en la segunda, el islam; al igual que el derrumbamiento de la economía de los países del Este, podemos ver un suceso equivalente en la Cuba castrista como milagro y trauma político-social. Asimismo, el ataque acaecido el 11 de septiembre de 2001 en New York al World Trade Center por células terroristas, tiene un antecedente que fue el 11 de Septiembre del 1973, cuando el Palacio de la Moneda era bombardeado por la aviación chilena, asesinando a Salvador Allende e imponiendo *de facto* una sangrienta dictadura militar encabezada por Augusto Pinochet, suceso último que fue más traumático que el del 2001.